

LAS REVELACIONES

DE LA SALETA;

CONFIRMADAS Y JUSTIFICADAS POR LA DOCTRINA DE LOS SANTOS DOCTORES,

POR LAS DEMÁS PROFECÍAS,

Y POR

LOS ACONTECIMIENTOS SOBREVENIDOS,

DESDE SU DIVULGACION;

POR

C. R. GIRARD,

Redactor de la TERRE-SAINTE, Procurador general de las Iglesias Orientales unidas, etc.

PROTESTA.

A tenor de lo que tenemos declarado al principio de nuestros anteriores opúsculos, sometemos todo lo que publicamos al juicio de la Santa Sede, condenando de antemano, todo lo que la Santa Sede no apruebe.

Reconocemos también, que los hechos, narrados en este opúsculo, excepto los que habrán sido juzgados por el Ordinario, y aprobados por Roma, no tienen más que una autoridad humana, y que no pretendemos de palabra ni de obra prevenir la deci-

sión de la Santa Sede, sino que, al contrario, nos sometemos á ella, y obedeceremos todas sus disposiciones.

Grenoble, en el día de la fiesta de la Santísima Trinidad, 1873.

C.-R. GIRARD.

Aviso. Los tres anteriores opúsculos nuestros relativos á la Santísima Virgen de la Saleta, han sido examinados y aprobados; y además, han sido aceptados por Su Santidad Pío IX, y nos han valido sucesivamente tres bendiciones apostólicas.

PRÓLOGO.

Cuanto más se acerca el momento de las grandes tribulaciones, más importa acudir á Dios y atacar á la impiedad. Los que viven sin darse cuidado de lo que sucede á su alrededor, no pueden formarse una idea exacta de la magnitud de nuestros males. Es verdad, que se acaba por acostumbrarse á la agitación, como á la calma; y, por otra parte, la indiferencia, la obcecación y el crimen se convierten, para ciertos individuos, en una segunda naturaleza. Otros, pusilánimes por carácter, circunspectos por cálculo, se espantan á la vista de las orgías de los malos, y quieren dejarles gozar de sus triunfos, por temor, según dicen, de enojarlos todavía más, y comprometer, de esta suerte, el porvenir de la sociedad. Así es, que aguardan un silencio muy prudente, según ellos, sobre las más terribles advertencias que nos envía el cielo. Parece, verdaderamente, que tienen á su servicio, por código religioso, un evangelio, que, permitiéndoles complacer siempre á todos, aún á los enemigos encarnizados de nuestras santas creencias, no les impide gozar las más dulces satisfacciones como recompensa de esta conducta. Pero ¿de qué modo esos cristianos de nuevo cuño, alcanzan esta dulce quietud, sino olvidándose de estudiar seriamente lo que Dios ha obrado, en el curso de los tiempos, para el bien del mundo? ¿No habló de ellos y de su singular indolencia la Sagrada Escritura, cuando dijo: *Noluit intelligere ut bene ageret?* Si; han temido perder sus ilusiones, verse precisados á confesar su error, y han encontrado más ventajoso, cerrar los ojos á la luz y declarar, que todo va lo mejor posible entre nosotros. Su razón les ha puesto en guardia contra lo sobrenatural; y no atreviéndose, empero, á rechazar los milagros, han hecho esfuerzos para presentar disminuido el número de ellos, y atenuada su importancia y los resultados de los que están mejor comprobados, á fin de no espantar con exceso, según dicen, á las conciencias timoratas..... pero, en realidad, para atraerse partidarios de su propia incredulidad. Dicen, que otros tiempos han sido más calamitosos que los nuestros, y que, por lo tanto, nada tiene de sorprendente lo que sucede en nuestra época. Fundándose en lo que hubo en otros tiempos de falsedad en

visiones y predicaciones, atacan indirectamente todas las profecías, y tratan con desprecio las enseñanzas de la teología mística. Las nociones divinas de autoridad y obediencia, que deben ser el principio rector de la sociedad moderna, las declaran tan inoportunas como el *Syllabus*, y el decreto de infalibilidad; ¡ciegos, ó mejor, locos! que no se aperceben, que á Dios es á quien tachan de imprudencia é inoportunidad!...

En concepto de esos doctores, el hecho de la Saleta no había de encontrar buena acogida; así es, que no perdonan esfuerzo por dejarlo eclipsado, ó, según su expresión, por enterrarlo. Verdad es, que la oposición no es tan patente ni desenvuelta como tiempo atrás. Temen sacar á la luz pública las armas de que se valen, como en aquellos tiempos, en que Bonaparte excitaba el celo de sus cortesanos contra los milagros, y las apariciones de la Saleta y Lourdes, para sacar triunfante el *espiritismo*..... Mas no por esto la oposición deja de existir latente, siempre tan enconada como hipócrita. Nosotros sabemos de diócesis, donde la devoción de los fieles á la Virgen Reconciliadora, ó el celo de los eclesiásticos por propagarla, luchan todavía con obstáculos.—¿No es evidente, que esa detestable oposición tenía por objeto perjudicar al hecho en sí, y aumentar todavía las angustias del Sumo Pontífice, haciendo llegar á sus oídos las narraciones más calumniosas contra la piadosa Pastora de la Saleta?

Si de los medios extraordinarios de salvación, que desatienden algunos individuos del clero, pasamos á los medios de perdición, que los gobiernos revolucionarios multiplican; ¿qué no podríamos decir? No vemos en todas partes más que la mentira, la corrupción y la impiedad. Se quiere destruir todo en la sociedad temporal, como también en la sociedad espiritual. En todo se quiere meter la mano de la reforma; los liberales quieren reformar *el rey, el Papa y aún á Dios*. Entre todos nuestros males, el más pernicioso es el pretendido catolicismo liberal, que tiende directamente al *libre pensar*.

La revolución antigua hacía adorar al Sér supremo; la revolución presente y cosmopolita trata de hacerle negar. Hasta ahora el Estado no había reconocido más que tres religiones; esta monstruosidad supone ya

tres Dioses y tres verdades; el judaísmo, el protestantismo, y el catolicismo. Ahora se ha añadido otra, el ateísmo. En efecto: vivimos en un *Estado sin Dios*. La *Gazette des tribunaux* censura, con razón, este ultraje cometido contra la Sociedad, tanto como contra nuestra legislación. Todos los que al hacerse el censo ó padron, se han declarado agenos á todo culto, diciendo, que no practican la religión en que pasaron su infancia, han sido inscritos entre los ateos. Pero, á Dios gracias, se cuentan pocos apóstatas.

Nuestros revolucionarios tratan de quitar á la Iglesia todo medio de perpetuarse, privándola de sus derechos divinos, y de sus derechos humanos: quieren la entera separación de lo temporal y de lo espiritual, del Estado y la Iglesia, y al quitarle sus recursos, le quitan también sus hijos. Por poco que vuelva á dominar en el poder el *tribunpentar*, ó Mr. Thiers, presenciaremos el triunfo de los partidarios de la enseñanza secular y ateas. Entonces se hará la protesta contra todo bien.

No nos ha sorprendido que, bajo el gobierno de Mr. Thiers, la revolución se haya atrevido á permitirse esos ultrajes públicos y oficiales á la moral religiosa, y á la conciencia pública; pero lo que nos sorprende, su gran manera, es que haya eclesiásticos partidarios y patrocinadores de ese poder. —No tardaremos en saber lo que hemos ganado en todas estas iniquidades. La paciencia divina tiene un límite; está sumando todos nuestros crímenes; y cuando se haya llegado al total señalado, entonces la paciencia divina protestará, á su vez, contra esta apostasía universal.

Esta situación nos apremia más y más á consignar todavía con mayor claridad la importancia del hecho de la Saleta, justificando las revelaciones de Melania con la doctrina de los Doctores santos, y con la concordancia que ofrecen con otras predicciones, que gozan de grande autoridad. No dudamos, que este libro fortalecerá en su confianza en la Santa Iglesia virgen de la Saleta á las almas escogidas, á los espíritus rectos, á las conciencias puras, á todos los que, en una palabra, proceden de buena fe; pero ¿hará resplandecer un rayo siquiera de la divina luz sobre esa masa compacta, que rechaza la gracia de Dios y al mismo Dios? Sin embargo, como el presente y el porvenir están comprendidos por igual en

esta aparición, cuya importancia suma nunca será conocida por demás; y como, por otra parte, este libro podrá, en cierto modo, servir de guía para conocer mejor la acción de la Providencia en el gobierno actual del mundo; insistimos en nuestro empeño de dar al público nuestras apreciaciones.

No pretendemos en manera alguna excitar la curiosidad de los indiferentes, puesto que nada es capaz de impresionarlos, ni las alarmas diarias, ni la rápida marcha de los acontecimientos. En nuestro modesto trabajo, no nos proponemos otro objeto, que el de atraer la atención de los hombres graves é imparciales hácia documentos, que, prescindiendo de su evidente interés de actualidad, arrojan alguna luz sobre los tiempos venideros. Así pues, en este opusculo no hemos perdido de vista el asunto principal, ni dejamos de tratar las varias cuestiones que suscita para una época próxima, el documento de la piadosa Pastora.

Se ha manifestado indignación contra ella.... ¿Acaso no se sabía, que esa indignación, excitada únicamente por sus revelaciones, que no son obra suya, y que no publicó sin la debida autorización, iba dirigida también á las personas más santas, que, en diferentes tiempos, han tenido como ella el valor de comunicar sobre el mismo tema las quejas del Señor, y denunciar las faltas que desolan el santuario, trastornan la sociedad, y causan la muerte de las naciones?

¡Y esto no desalienta! Todos los que desde el principio del mundo, hasta nuestros días, han dicho verdades *desagradables*, han sido perseguidos. Nuestro Señor Jesucristo y los apóstoles fueron condenados á muerte por este motivo. San Jerónimo se vió obligado á apartarse de los malos eclesiásticos á quienes advertía. ¿Es de extrañar, que Melania sea víctima de la misma injusticia?

Nunca se vió tan sombrío como ahora nuestro horizonte; nunca se vió tan agitada y peligrosa la mar en que navegan la nave de Pedro y el buque social. No serán, pues, por demás, todas cuantas precauciones se tomen contra tantos peligros, ni será por demás elevar el alma á las puras regiones en donde resplandec el divino sol de justicia. Nunca como ahora, fué tan necesario entregarse exclusivamente á la dirección del Pastor infalible de corderos y ovejas.

Por lo demás, no olvidemos, que todas

las revelaciones han sido hechas con miras de misericordia y de perdón; son conminatorias todas ellas; pero los infortunios anunciados no se realizan, hasta que se oponen resistencia á las advertencias celestiales. Los intérpretes de las Sagradas Escrituras no han dejado, por otra parte, de darnos reglas positivas para distinguir la verdad en los acontecimientos sobrehumanos. Y puesto que de nuestra época puede decirse con el poeta:

¡Qué tiempo fué tan fértil en milagros!

es indudable, que ha de acudir ahora más que nunca á esas reglas de prudencia y de discernimiento de los espíritus. Sabemos, que, en nuestra época, los ángeles de las tinieblas han de transformarse en ángeles de luz; y también, que habrá milagros aparentes, y predicciones falaces. El Evangelio nos dice, que surgirán falsos cristos y falsos profetas; que harán grandes prodigios, hasta el punto de engañar á los escogidos, si esto fuese posible. Y dirán: «Cristo está aquí; Cristo está allá.» Pues bien: Cristo está con su Iglesia, y con su Vicario; y no está sino con ellos. *Estar con el Papa es por lo tanto, estar con Dios*. Tengamos siempre presente esta verdad, y las consecuencias que de ella se desprenden.

De aquí se collige: 1.º; Lo que tiene un origen divino, no puede contradecir la enseñanza infalible de la Iglesia. 2.º; Para decirse, es cuerdo esperar, que la autoridad competente haya dado su dictamen relativamente á los hechos extraordinarios, sobre los que ocurran discusiones y se susciten graves dificultades. 3.º; Tanto debe evitarse la curiosidad, el estrechamiento y una adhesión prematura, como la incredulidad. ¿A qué espantarse con exceso? ¿no es acaso Dios el padre de toda misericordia, y María el refugio de pecadores? ¿no murió Jesucristo por los culpables? ¿no está escrito, que no apaga la mecha que todavía humea? Dios no quiere la muerte de los impíos, sino su conversión. Léjos de nosotros la idea de espantar á las almas. Verdad es, que los incrédulos no nos dan cuidado alguno bajo este concepto: pero no ignoramos, que una desconfianza exagerada, unida á un entendimiento poco perspicaz, puede relajar la fe y desviar á ciertas almas; y por esto precisamente aconsejamos

á nuestros lectores, que guarden siempre una prudente reserva, pero también que hagan mucha oración.

Es indudable, que el don de los milagros como el don de profecía se perpetua en el seno de la Iglesia. Mas para merecer nuestra completa adhesión, los milagros deben ser verdaderos canónicamente, y las profecías deben ser sancionadas por la autoridad competente. Entretanto que vienen esas aprobaciones, la razón, la ilustración de las personas instruidas, la gracia del Altísimo, que no se niega á los fieles, bastan para librarnos de incurrir en error. Diremos con el *Monde* del 8 de Abril: «Que en épocas de perturbaciones como la que atravesamos, algunas personas pueden creerse favorecidas con inspiraciones divinas y meterse á profetizar. La imaginación en unos, en otros una influencia muy misteriosa, pero incontestable de las potencias infernales, producen efectos extraordinarios, y que podrían fácilmente confundirse con los que se producen por la intervención sobrenatural de Dios. Solamente la Iglesia tiene el poder de discernir estos hechos, y de ilustrar sobre este punto á los fieles, y éstos han de guardarse tanto de creerlo todo, como de negarlo todo.» Este mismo lenguaje usa Melania de la Saleta.

Todos los hombres, en general, y debemos reconocerlo, los hijos de la santa Iglesia, han venido á un estado tal de degradación moral, que no se ha reconocido en tiempos anteriores: todos están contestes en este punto. Nunca se vió al mundo cristiano regido por esos principios, que, al presente, se toman á honra. La injusticia y el sacrilegio no espantan ya á nadie. Todas las almas son tan tibias, que ya no las pueden hacer entrar en calor, ni las advertencias del cielo, ni la vista de las abominaciones de la tierra, ni el temor de los castigos que Dios nos envía, ni el recelo de los que nos tiene reservados. Nuestra indiferencia parece que ha de atraernos las iras del cielo; ella es una mofa constante, y lleva su osadía hasta el punto de prohibir al cielo y al infierno, que perturben su tranquilidad. ¿Es de extrañar, que toleremos sin vergüenza y sin estrechamiento todo el envilecimiento que á la revolución le place imponernos? ¿es de extrañar, que toleremos tranquilamente la persecución de que es objeto el Vicario de Jesucristo en su persona y en la fe que profesamos?

Con motivo de lo que sucede en Roma y en la iglesia de la Santa Cruz de Jerusalem, que la revolución está transformando en caballería, *La Correspondencia de Génova* exclama (n.º 59): «En otros tiempos, semejante profanación hubiera excitado general horror de uno á otro confín de Europa. Ningún cristiano apla para empuñar una espada, hubiera dejado de decir: vamos á castigar á esos descreídos. Mas al presente, cada cual se encierra en su casa. Ante todo, carecemos del valor y de la intrepidez de nuestros padres; fuera de esto... en el fondo, los gobiernos están muy satisfechos de que se nos *detanen* de muchas preocupaciones antiguas. Es preciso que se *decatolice* al mundo; he aquí el resumen de esa civilización de ateos, de *condotieros*, y de *Scopias*, ó criados intrigantes.» Lo tenemos merecido, y preciso es confesar, que hemos descendido al abismo de la indignidad, puesto que hay atrevimiento para proclamar, que *debemos respetar todo poder...*; de esta suerte quedan aceptadas de antemano la tiranía de la canalla y la del Anticristo.

¿Qué escándalos están causando, en estos momentos, los *racionalistas*, que lo niegan todo, basta la revolución, para ir pasando de revolución en revolución; los *afiliados del infierno*, que oponen á los misterios divinos los misterios de Satanás; los *católicos liberales*, que deseando conciliar todos los principios, admiten verdaderamente un Papa, una Iglesia, una verdad, reglas de disciplina, una bandera religiosa, pero todo esto modificado, transformado con arreglo á su gusto; y por último, los *positivistas*, tan relajados en lo que toca al dogma y á la moral, y tan entusiastas por sus intereses materiales, tan indiferentes para la conservación y el progreso de la religión, y tan celosos por lo que toca á sus placeres! ¡Y qué escándalo no dan también con su conducta esos cuatro obispos de Oriente, y un centenar de eclesiásticos renegados, que, en diferentes países, haciendo traición á su conciencia y á sus juramentos, han levantado la bandera de la infamia! Esta multitud de inculpables é impíos se acrecienta cada día.—Esta multitud será sin duda confundida, desaparecerá por un momento, al realizarse el gran triunfo de la Iglesia; pero se reproducirá todavía. Las influencias del infierno atraerán de todas partes á esos extraviados, para constituir el ejército del

Malo, y formar los batallones de sus adictos. En este opúsculo procuramos revelar de antemano sus maquinaciones, disminuir sus recursos, reducir sus estragos, y, en una palabra, dar los medios de preservarse de sus ataques y de sus seducciones.—Confiamos que este, como nuestros anteriores escritos, no será objeto de una oposición tan ridícula como desahucada.

La insistencia de las almas piadosas, á pesar de todas las oposiciones, ha sancionado el hecho de la Saleta. Pero cuando habremos demostrado, que el lenguaje de la Sagrada Escritura, la doctrina de la Iglesia, las revelaciones de los Santos, los acontecimientos ó castigos sobrevenidos, y por último, los milagros han justificado las palabras y las predicciones de María; no podremos decir, que todo prueba la verdad de esta celestial aparición y proclama la devoción á la Santísima Virgen de la Saleta, reconciliadora de los pecadores? Lo pasado responde de lo porvenir: así es, que los secretos han de admitirse con confianza por lo que de ellos está todavía ignorado ó no cumplido. Así, pues, no tenemos mas que seguir con amor y prontitud las órdenes y los consejos de María, si queremos apresurar el triunfo de la Iglesia, salvar á la Francia, y preservarnos de mayores castigos que todavía nos amenazan.

LAS

REVELACIONES DE MELANIA

DE LA SALETA,

justificadas por los Santos Doctores, por las demás predicciones y por los acontecimientos.

Reproducimos los diferentes párrafos del secreto que la Santísima Virgen confió á Melania, según su importancia, ó según lo exige el orden presunto de los próximos acontecimientos. Esto servirá mas en justificación del documento que reproducimos en nuestro primer folleto, titulado: *Los secretos de la Saleta*.

I.—Cargos dirigidos al clero (1).

En el folleto siguiente consignaremos las glorias del sacerdocio y la veneración que

(1) El lector ha de tener presente, que, cuando hablamos del clero, hacemos una distinción entre pastores y pastores, como también entre gobiernos y gobiernos. Si no seguimos el ejemplo de los que quieren, que se respete y se sirva á todos los poderes, como si no hiciésemos bastante con sufrir á los gobiernos malos, todavía distamos mucho más de los que predicán la fusión de los principios, la igualdad de las Iglesias y la verdad de todas las religiones.—Dios manda huir de esos pastores de la nueva alianza que, semejantes á los de la antigua, menos precian su ley, y no hacen diferencia entre las cosas santas y las profanas, y le desobedecen. (Ezequiel, XXII, 27.) Jesucristo nos dice también: «Guardaos de los falsos profetas que vienen á vosotros con vestidos de ovejas, y dentro son lobos voraces.» (San Mateo, VII, 16.) Por último, San Pablo (Hechos de los Apóstoles, XX, 28) decía á los Obispos, en presencia de los fieles que había reunido en Mileto: «Velad sobre vosotros y sobre toda la grey, en la cual el Espíritu Santo os ha instituido obispos para gobernar la Iglesia de Dios, que ha ganado él con su propia sangre. Porque sé, que después de mi partida, os han de asaltar lobos voraces, que destrocen el rebaño; y de entre vosotros mismos, se levantarán hombres, que sembrarán doctrinas perversas con el fin de atraerse á sí discípulos. Por tanto, estad alerta.»

Pues bien; ese tiempo de perdición, que San Pablo anunciaba en los primeros tiempos de la Iglesia; ¿no se ha renovado en cada siglo, y más en el nuestro? Si Dios nos advierte, que el espíritu de tinieblas y de error reina en el mundo, que Satanás tiene sus altares, sus sacerdotes y sus afiliados, y que en tronos se sientan igualmente los representantes de la iniquidad, que reinan por el demonio, y no por Dios; que se han constituido jefes, pero que Dios no los conoce (Oseas, VIII, 4); ¿hemos de quemar incienso á todo sacerdocio y á toda autoridad?

El poder del infierno no puede prevalecer contra la Iglesia; así es, que la divina Providencia se ha reservado, á pesar de todas las apariencias, y mucho más que en tiem-

pero. Entretanto, reconozcamos, que si el clero hubiese correspondido á su misión y

pos de la ley antigua, servidores leales y sacerdotes exentos de toda iniquidad. Si pues por algunos malos Levitas, vienen los escándalos y los males que afligen á la tierra, por los buenos Levitas será una vez más regenerado el mundo, la Iglesia triunfará, y la Sociedad será salvada. En su virtud, nuestros cargos y lamentaciones no se dirigen sino á los sacerdotes impíos, que trabajan en favor de Satanás; en tanto que reservamos todo nuestro respeto y adhesión para el digno clero, que brilla en medio de nuestras tinieblas morales, como en el firmamento brillan las estrellas durante la noche. Por otra parte, los malos sacerdotes, lejos de constituir la Iglesia y el sacerdocio, son pura y simplemente una excepción; muchas veces son expulsados por medio de la excomunión en que incurren; no son impíos sino por razón del menoscupo que hacen de sí propios, y de la transgresión de sus deberes hacia Dios, el Papa y el prójimo. Y no sería de extrañar, aun cuando el número de esos desgraciados fuese cien veces mayor de lo que es realmente; al contrario, debemos admirarnos de que sean en tan corto número los merecedores de toda censura. Después de lo que viene sucediendo, desde muchos años, hemos de dar gracias á la omnipotencia divina, que saca bien del mal, y por medio de conversiones triunfa de la alianza de los enemigos de su Iglesia. Desde las primeras páginas de esta obra, debemos revelar á nuestros lectores, la conspiración organizada contra el sacerdocio. Desde el año 1815 los gobiernos protestantes, y desde el año 1833 los gobiernos revolucionarios y los gobiernos legítimos, que se han entregado á la secta voloriana, y á las sociedades secretas, han renovado la lucha contra la Santa Sede y el catolicismo. Todos sus esfuerzos han tendido á pervertir al clero, y á hacerle admitir á sus adeptos. En el capítulo titulado: *Necesidad de poner á prueba las vocaciones*, daremos los datos y antecedentes de esa conjuración de gobiernos, que ha venido á parar al abandono, á la traición de la Iglesia por todos los Estados cristianos, al aniquilamiento de la religión, y á la persecución de los fieles en Italia, en España, Suiza, Prusia, Turquía y Polonia.

cumplido su deber, el reino de Dios quedaría establecido, y se perpetuaría en la tierra, porque el Oriente y el Norte de Europa no hubieran provariado. La sal preserva de la corrupción; la luz desvanece las tinieblas; la ciencia destruye la duda, y resuelve las dificultades; por último, la santidad gana invenciblemente los corazones. Pues bien; el eclesiástico es todo esto para el seglar; es la sal, la luz, la sabiduría, la perfección de la tierra...; y si no lo es, entonces el clero pasa a ser *optimi pessima corruptio*.

Nuestro respeto extremo á nuestros pastores, nuestros *maestros espirituales*, no es real y sincero sino en cuanto es verdadero y cuerdo. Es indudable, que la Santa Sede ilustra á todas las sedes, y no es ilustrada por ninguna. Es indudable, que el Papa confirma en la verdad y en el bien á todos los pastores y á todos los simples fieles, y de nadie recibe á su vez esa confirmación. Es indudable también, que ningún seglar ha de erigirse en maestro ni en censor del sacerdote. La grey dócil oye respetuosamente la voz de su pastor, en vez de contradecirle y replicarle. Tal es el derecho del uno y el deber del otro. Sin embargo, con esta condición, los pastores subalternos seguirán fielmente las órdenes y las doctrinas del general en jefe, del Pastor universal de todos los pastores y todos los rebaños. De otra suerte, en los casos excepcionales, como en la época del protestantismo, cuando los lobos se encubren bajo la capa del pastor, hacen menosprecio de las instrucciones de Pedro, y trabajan para desviar de la buena doctrina á los demás, puede y debe señalarse el peligro; y la grey debe sin vacilación, apartarse de esos rebeldes, que después de perderse á sí propios, quisieran perder á los demás.

Para complacer á Dios en la tierra, y para alcanzar el cielo, no hay más camino que Jesucristo, que es también la vida, porque es la verdad. ¿Quién, sino el Papa, representa á Jesucristo en la tierra? Pues bien; esta autoridad suprema é infalible anima sin cesar á los fieles seglares, que, en los tiempos de desconsoladoras defecciones de patriarcas, obispos y eclesiásticos, han resistido á todas las tentaciones, han combatido á sus pastores cobardes ó rebeldes, y han muerto por permanecer fieles á

Jesucristo y á su Vicario.—Pío IX, dirigiéndose á nuestros armenios unidos, habla del escándalo de sus cuatro obispos y de sus partidarios, como hablaba San Calisto no á los fieles de Constantinopla, de su Patriarca, el escandaloso Nestorio, y de sus sectarios. En las épocas de desórdenes, de subversión excepcional y de grandes iniquidades, Dios suscita excepcionalmente profetas, santos, y con frecuencia bajos instrumentos, y aún niños, para que resplandezca más viva la luz en medio de las tinieblas condensadas.

En los tiempos calamitosos en que vivimos, es útil estudiar esas misiones providenciales y extraordinarias, que se manifiestan á veces para la regeneración de los pueblos y el triunfo de la Iglesia. Hemos hecho investigaciones, y meros narradores, referimos imparcialmente lo que consideramos útil, para nuestra situación, en el conocimiento de estos hechos y en la doctrina de los doctores. El sabio dice: *Nihil nisi solum novum*. Lo antiguo debe, pues, aprovechar á lo moderno. Pero, por otra parte, los hechos divinos de nuestra época ¿no serían suficientes para que nosotros resucitásemos á la virtud, y por consiguiente, á la felicidad, y para que nos repusiésemos en el amor y en la paz del Señor, si fuésemos conocedores de la verdad? La historia tiene una importancia incomparable: por esto se la ha falsificado. En su virtud no se la conoce, y se sacan de ella ideas que no son sanas y frutos amargos. Mas agenos que nadie á esta ciencia de la *filosofía de la historia*, al misticismo divino, á las consecuencias prácticas que han de sacarse de las revelaciones hechas á las almas privilegiadas por Dios, lejos de erigirnos en maestros, lejos de hacer la menor aplicación en nuestro espíritu, y mucho menos de explicarla en estas páginas, á tal ó cual de nuestros superiores eclesiásticos, nos limitamos simplemente á narrar hechos y transcribir textos; y decimos al público, que quiere leer: *Ved y juzgad que provecho ha de sacarse de esta doctrina enseñada por los santos*.

La regla admitida por los Santos Doctores, es que el mal va de arriba abajo; que no sube, y, por lo tanto, desciende de los pastores al rebaño. San Gregorio lo ha dicho: *Ruina populi, maxime ex culpa sacer-*

dotum fuit; y San Crisóstomo dijo: *Sicut de templo omne bonum egreditur, sic et de templo omne malum procedit*.

Esta regla no es tan rigurosa que no admita excepción; pero la Iglesia ha confirmado, á lo menos implícitamente, esta doctrina, no enseñando lo contrario. En su virtud, podemos dar por sabido y averiguado, sobre quien derramaba María tan abundantes lágrimas en la Saleta. ¿No las derramó sobre esos eclesiásticos, que han dejado enfriar su celo, disminuir en ellos el fuego de la caridad, su entusiasmo por la ciencia, y eclipsarse la piedad, la humildad y también el amor al Papa? La santidad, la conversión no pueden reconquistar los pueblos sino valiéndose de pastores santos y celosos. Por esto las masas esperan para someterse, y María vierte torrentes de lágrimas. El mal es tan grande, que es casi irreparable. Los pastores, que están encargados de regenerarnos, sean los primeros de ponerse al frente de la propaganda religiosa, si quieren que, no el mal, sino el bien, descienda de los pastores al rebaño. Si algunas eminencias del mundo moral se han eclipsado, reanímense, utilizando las instrucciones de San Ligorio, Muzzarelli, P. Judde, jesuitas, de Molina, de M. Ollier.... Pero los seglares no deben justificarse, ni alegrarse de una situación tan triste; al contrario. El sacerdocio está por sí muy por encima de todo ataque, como lo está la Iglesia, á pesar de la perversidad ó de la tibieza de algunos individuos; hay, además, una gran diferencia, entre los pastores que faltan á sus deberes por su propia cuenta, al propio tiempo que enseñan á los demás el buen camino, y los pastores relajados, que, á la vez, practican y enseñan el mal á sus ovejas. De los primeros dijo Jesucristo: *Haced lo que os dicen y no lo practican*. Debe, pues, respetarse siempre su carácter y su autoridad...; predicar la sana doctrina, aún cuando no ayudan á la enseñanza la práctica.

Si en la Iglesia primitiva encontramos un Judo entre los apóstoles; si sus discípulos, y acaso los del Salvador, luchaban ya contra pastores infieles y los rebaños que les escuchaban, ¿no se ha dado al mundo, en nuestra época, semejante espectáculo? Cuando los rebaños eran desviados, del modo que dejamos dicho, los pastores ¿los dirigieron bien? Si el contagio se hace general, no es sino porque el mal y las imperfecciones de

los jefes triunfan sobre el bien. Por lo tanto; no debe nadie, muy al contrario, considerar como una circunstancia atenuante, el que la degradación sea completa en todas partes; que el infierno haya rebotado su furor para destruirlo todo; y que los gobiernos revolucionarios hayan venido en auxilio de Satanás para esta obra de perversión general. El dolor que siente María, nos convence de ello, como también las frases conmovedoras de que se sirve el Salvador para quejarse. Si el corazón de Jesús se duele de los pecados de un simple fiel ¿cuánto más no clamará contra los pecados de sus ministros, y aún contra sus simples imperfecciones! Un sacerdote ha de ser otro Jesucristo; si no es así, puede llegar á ser un demonio.... Terrible es la idea, y todavía es mas terrible consignarla. Mas por nada debemos ocultar la verdad; los tiempos son demasiado terribles, y el infierno ha cobrado gran fuerza.

Claro está, que enalteciendo al sacerdote, se enaltece á Jesucristo; y atendiendo á la buena doctrina, se atiende á Dios. Para esto es preciso saber distinguir, entre el pastor bueno y el malo, y no confundir el sacramento con el ministro, porque la Religión no depende de éste.

La Iglesia es de tal suerte divina, y su autor la protege tan cuidadosamente contra las faltas de sus individuos, que, en su perpetuidad, no puede menos de reconocerse el más notable milagro de la Omnipotencia. Atacar el mal, que devora á la cristianidad, que hace inútil y que profana á la Sagrada Escritura, la cruz de Jesucristo, y las celestiales manifestaciones.... no es atacar el carácter sacerdotal, sino venerarlo. Llorar por los hermanos que borran en sí propios el carácter del cristiano, para tomar el carácter de un ser irracional, es respetar la imagen de Dios en sí, y en sus semejantes. Por esto es lícito dolerse de los levitas, que ultrajan en sí propios, no solamente la imagen del Creador, sino también el sacramento del Orden, que debía hacerlos casi iguales á Dios, levantándolos sobre la categoría de los ángeles, puesto que Dios debía vivir y obrar en ellos.... Ofrecámonos pues como víctimas, hagámonos *anátima* para que ellos se conviertan, sin dejar por esto de combatir los pecados que tienen desolada la tierra, y están poblado el infierno.

Melania dijo esto mismo en nuestros es-

eritos precedentes; pero algunos no han querido comprenderlo. La caridad en favor del pecador ha de ser como la caridad para con el príjimo; pero no ha de sacrificarse al segundo al primero. Todos debemos refutar los errores de los incrédulos, y combatir los esfuerzos de los que tratan de introducir el desórden en el sagrado ministerio, ó sea, la revolución en la Iglesia, y hemos de combatirlos con mas entereza que los esfuerzos de los que pretendan desorganizar la sociedad civil.

Todos los Santos han obrado de esta suerte; solo porque eran perfectos, trabajaban con sujeción a todas las reglas de la justicia y de la caridad; y peleaban admirablemente las batallas del Señor. San Francisco de Sales nos lo describe en dos palabras: *Fortiter in re, sed suaviter in modo*. Roguemos a Jesús, María y José, porque nosotros valemos poco, y porque nuestra miseria es mayor que la de otros; roguémosles, que nos hagan aproximar todo lo posible a esa perfección, ya que no podemos alcanzarla.

Remitimos a nuestro opúsculo *Nuestra Señora de la Saleta y el clero*, a todos los que deseen fijarse en lo que en este libro se relaciona con algunos eclesiásticos degenerados, de quienes hablan con pena Francia, Alemania, Italia y Oriente. Por otra parte, en uno y otro opúsculo, nos limitamos a copiar únicamente a los autores de la vida espiritual. Estos dos libros son suyos y no nuestros; por lo tanto, las citas que hacemos, no han de ofender a nadie.

Por último, para justificar lo que precede, y explicar, en alabanza del clero, las censuras y las advertencias celestiales, digamos, que los Santos llegan al punto de descubrir la causa de todos los males de la tierra en la simple tibieza de los eclesiásticos. En efecto; si los pastores no llegan a un grado bastante de santidad, ¿cómo tendrán en presencia de Dios una eficacia de intercesion bastante poderosa para conservar a su rebaño en el respeto de la fe y la moral? Nuestro siglo es mucho mas abominable que el siglo en que vivía San Ligorio, que murió en 1787. Nunca vió llegados a semejante extremo la perversidad general, el odio y el menoscupo de Dios, el olvido y la traición a la Iglesia, la apostasía de los gobiernos y de las masas, y, por último, la habilidad para destruir todos los principios y proceder a la persecucion. Nuestra

época, bajo la máscara del progreso, y aún bajo el disfraz de *catolicismo liberal*, no adora sino el vicio. Sin embargo, San Ligorio confiesa, que, en su tiempo, la mayor parte de los eclesiásticos vivían habitualmente, mas ó menos, en un estado de tibieza, y que su incuria les hacia responsables de los pecados del pueblo. (Selea.) Pues, dice San Juan Crisostomo: «los eclesiásticos están encargados, por su sublime ministerio, de pedir a Dios la terminación de todos los males públicos y particulares, que llenan de confusion y desórden todos los reinos.» Por esto dice el P. Chaignon: «El eclesiástico está llamado por Dios, para vivir en un estado perpétuo de víctima, y de penitente público; el sacerdote está cargado con las iniquidades del pueblo; al sacerdote le toca llorarlas y expiarlas. ¡He aquí el sacerdocio! El que no lo comprende así, no debe entrar en el sacerdocio; y de otra suerte, incurre en esta censura: *Ruina populi maxime ex culpa sacerdotum fuit*.

II.—Dios va a enviar espantosas calamidades; todos se resentirán de ellas; vendrán sobre la tierra toda clase de plagas.

En 1858 fué acompañada a Roma una piadosa jóven, a quien el Altísimo habia hecho merced de comunicaciones sobrenaturales. El Padre Santo, despues de disponer sobre este asunto un exámen, que fué favorable, recibió en audiencia particular a la jóven, y ésta dió a conocer al Vicario de Jesucristo, los castigos que Dios preparaba, para contener el curso de las iniquidades, que, semejantes a un torrente desbordado, se multiplicaban desmesuradamente en Francia, en Italia y en todas las naciones de Europa. «Le reveló, que los crímenes de la sociedad serían castigados por el incendio, el saqueo, y la persecucion.» (Rosier de Marie.) La Venerable Madre Venerini tambien reveló, en mayo de 1871, a una religiosa de su congregacion, «que habria un espantoso castigo. Rogad, rogad, rogad, dijo ella, pues la oracion puede disminuir el castigo.» En la vida del venerable Bianchi, muerto en 1815, se lee la siguiente prediccion, que le hizo la bienaventurada Maria Francisca de las cinco plagas: «El castigo será grande; será universal, nuevo, inaudito; nadie podrá evitarlo, ni siquiera huyendo.» El P. Bernardo Clauti habla en estos términos

del castigo que Dios reserva a los delitos de nuestra época: «Vendrá un gran castigo; será terrible y dirigido especialmente contra los impíos. Será un castigo completamente nuevo y tal como no ha habido otro igual en el mundo. Alcanzará a todo el mundo, y será tan terrible, que los sobrevivientes se imaginarán ser los únicos que habrán sido excepcionados; será un castigo instantáneo, breve, pero terrible.... Antes que esto suceda, el mal habrá hecho tales progresos en el mundo, que parecerá que los demonios hayan salido del infierno; tan grande será la persecucion de los malos, que los justos tendrán que sufrir un verdadero martirio.... El mal llegará a su último limite; y cuando todo parecerá perdido y la mano del hombre no podrá ya mas, entonces Dios pondrá en ello su mano, y lo arreglará todo en un abrir y cerrar de ojos, como de la mañana a la tarde.» El R. P. Clauti era de la Orden de los Mínimos; un día se le vió elevarse, teniendo en la mano la Sagrada Eucaristía, hasta la bóveda de la iglesia de las Sacramentarias de Roma; este santo religioso murió en 1849.

En la gran profecía de San Cesareo, publicada, no ha muchos años, por el abate Trichaud, se dice, que en la época en que estamos «todas las plagas destructoras vendrán sobre los hombres; todos los elementos sufrirán alteracion; la tierra se conmovirá en diferentes puntos, y engullirá a los vivientes.

III.—La peste y el hambre serán generales.

«El Señor, dice la Sagrada Escritura, envía la carestía a la casa del impío... El granizo y el hambre han sido creados para la venganza.»—«Es evidente, que el hambre, la peste y los animales dañinos, son *los tristes efectos* de nuestros crímenes. (San Jerónimo.) Estas dos plagas, propagándose a todas partes, serán más terribles; no podrán evitarse, puesto que se las encontrará en todas partes.»—En estos tiempos los frutos de la tierra disminuirán; las semillas se corromperán en los campos; y las que germinen, no producirán nada. El aire será corrompido; enfermedades pestilenciales causarán una enfermedad pronta y variada en los hombres y en los animales. La justicia divina castigará a todos los malos.» (San Cesareo.) La viuda Palma tambien anunció

«que a los desórdenes de la revolucion se unirían otros castigos, como la peste y el hambre.»

Santa Mildegarda (*Obras divinas, III, X*) hablando de los tiempos que atravesamos, predijo en el siglo duodécimo, la disminucion de los frutos de la tierra. «En los días que precederán al triunfo universal de la santa Iglesia, dijo; en esos días de santa desolacion, a causa de las costumbres afeminadas del mundo, los elementos, violentados por los pecados de los hombres, serán reducidos a la impotencia de producir cosa buena.» Como san Cesareo, anunció, con siglos de anticipacion, las enfermedades de las cosechas de la tierra, como de las viñas, de las patatas, etc. Nuestra Señora de la Saleta ha renovado esas predicciones, anunciando a su pueblo, «que vendrá una grande hambre.» Y añadió: «Si la cosecha se pierde, la culpa será vuestra. Los niños morirán (antes que venga el hambre), y los demás harán penitencia por el hambre....» se va a la carniceria como perros.» Hé aquí los castigos que habremos de sufrir. «Es justo, dice san Gregorio, que encontremos nuestro castigo en todo lo que ha servido para nuestros vicios.»—«Todas las criaturas se quejan de los que han abusado del bien para pecar.» (Cardenal de Hugo). Dios sabe castigar de tal suerte, que el castigo nos viene de las mismas cosas por las que pecamos. (San. XI, 47.)

IV.—Triunfo próximo de la Revolucion.

«Hemos de esperar, dice la Pastora de la Saleta, que nos gobierne una vara de hierro, y que bebamos el cáiz de la ira de Dios.... Por un determinado periodo de tiempo, la Iglesia será presa de grandes persecuciones; será el tiempo de las inieblas; la Iglesia pasará por una crisis espantosa.... Tiembra, tierra, pues Dios va a entregarte a su enemigo, porque los Lugares Santos están en la corrupcion.... El francés luchará con el francés, el italiano con el italiano....»

Repetidas veces se anuncia en este documento, que la revolucion ha de triunfar, y ha de imponer en todas partes su yugo de hierro, para castigar los crímenes de la sociedad. «La Italia está inundada de iniquidades, y en castigo será cubierta de ruinas.... Estallará una gran persecucion con-

tra la Iglesia. La Revolucion se hará extensiva á toda Europa, y no habrá tranquilidad hasta que la Flor blanca volverá á subir al trono de Francia. (Rosa Colomba.)

El Emperador de Prusia se conservará, y desaparecerán las demás dinastías.... La Francia irá á parar á una espantosa anarquía. Las varias fracciones políticas, se harán una guerra encarnizada; hasta los ancianos tomarán las armas.... Habrá una revolución universal. (La venerable Ana María Taigi). Isabel Canori-Mora, que murió en 1825, había anunciado tambien una guerra civil desastrosa y sangrienta. «Todos los hombres, dijo, estarán en revolución, unos contra otros, y se matarán sin compasión.»—«Inglaterra pasará por una revolución más espantosa que la revolución francesa, (en 1793), (P. Necktou).»—«Conviene orar mucho, pues los malos querrán destruirlo todo; ántes de la gran batalla, serán los amos, y harán todo el mal que puedan.» (La Religion de Blois.)—«La república será proclamada en Francia, en España y en Italia, y después vendrá la guerra civil.» (La estigmatizada de Oria).

«Francia sufrirá un gran trastorno: motines, luchas, derramamiento de sangre, proyectos siniestros constantemente meditados y siempre amenazadores para el país, sobre todo, para París, y para algunas otras ciudades; secretas agitaciones, ansiedad general; tal será el estado social de Francia, durante el reinado del mal.» (Isabel Eppinger). Santa Hildegarda caracteriza perfectamente nuestro tiempo: «Cuando se habrá de puestro por completo el temor de Dios, surgirán á porfia guerras atroces y crueles; serán sacrificadas gran número de personas, y muchas ciudades se convertirán en un montón de ruinas; hombres sin igual feroces tendrán en desprecio el descanso de sus semejantes; el Señor entregará á nuestros enemigos la vara de hierro, destinada á vengarle cruelmente de nuestras iniquidades. Pero cuando la sociedad habrá sido completamente purificada por esas tribulaciones, los hombres, cansados de tantos horrores, volverán por completo á la práctica de la justicia... Esta renovación será la que precederá á los últimos tiempos....»—pues entonces se sabrá claramente, que el día del juicio estará próximo.—Por último, escribía la Rda. M. María del Bourg en 1857: «Los castigos del Señor van á caer sobre

nosotros de varios modos: plagas, desórdenes, derramamiento de sangre. Habrá en nuestra Francia un desquiciamiento espantoso.»

V.—Castigos particulares para Italia y para Francia, etc.

Leemos en el texto del Secreto de la Salleta: «La Italia será castigada por su ambición.... Será entregada á la guerra; correrá la sangre por todas partes; las iglesias serán profanadas; los eclesiásticos y los religiosos serán expulsados; se les dará muerte, y muerte cruel: algunos abandonarán la fe. Será grande el número de eclesiásticos y religiosos que se separarán de la religion verdadera; entre ellos figurarán algunos obispos.» Sin embargo, las demás naciones tendrán tambien su parte en los castigos. «La Francia, Italia, España é Inglaterra estarán en guerra; correrá la sangre por las calles; el francés luchará contra el francés, el italiano con el italiano....» «La naturaleza pide venganza para los hombres, y se estremece en la expectativa de lo que ha de venirle á la tierra manchada de crímenes.»

Sabido es que Melania, en una carta dirigida á su madre, escribe, que «dentro de breve tiempo estallará la guerra en Italia, donde van á comenzar los desórdenes.» (11 setiembre de 1870); «Pobre Italia! dice, eres muy culpable. Vendrá día en que los perros saciarán su sed en tu sangre.» El día 20 de noviembre de 1871 escribió á su madre lo siguiente: «Me decís que tengo una dicha con saber lo que ha de ocurrirle á nuestra pobre Francia; alegraos de no saber nada. ¡Ah! Si los hombres no se dan prisa en convertirse á Dios, lo que ahora sucede, no es nada, nada, nada!»

Los prusianos, los rusos, los austriacos, dice Rosa Colomba, llevarán la guerra á Italia contra los rebeldes. Las iglesias serán profanadas; en la persecucion habrá un gran número de mártires; no todos tendrán bastante perseverancia. Algunos obispos renegarán de la fe; las dignidades eclesiásticas serán objeto de burla y de vilipendio; luego habrá una guerra cruel, que causará inmensas ruinas en Italia.»—«Roma, según la R. Isabel Eppinger, verá correr la sangre de sus sacerdotes; varios jesuitas serán asesinados; los conventos serán saqueados y las iglesias devastadas: se cometerán en esta

ciudad sacrilegios de toda clase.» En varios puntos, estas predicciones tienen una conformidad sorprendente con el secreto de Melania, sobre todo, en lo relativo á la caída del emperador, á la aparición de un precursor del Anticristo, á la persecucion religiosa, al cisma, al asesinato de eclesiásticos y religiosos, etc.

La Santísima Virgen, dice Melania, ha venido á Francia.... y la Francia no se ha convertido; es mas culpable que las demás naciones. La Francia hará muy bien con golpearse el pecho en muestra de arrepentimiento, si no quiere ser destruida por completo.... No ha visto más que el principio de sus castigos, si no se convierte sinceramente á Dios... ¡Pobre Francia! ¡Pobre Francia!... Será preciso que los hombres sean aplastados por la justicia de Dios irritada, para que abran los ojos y cambien su corazón!»

Por último, dice la profecía de Blois: «Se necesitarán de quince á veinte años para que la Francia se reponga de sus desastres.»

VI.—Guerra general en Europa, después de las guerras civiles.

No anuncia esta conflagración universal la Hermana Rosa Colomba, cuando habla de la cruel guerra de Italia, que la llenará de ruinas.

Acaso fué tambien esta guerra la que el P. Andrés Bobola predijo al P. Korseniecki, cuando este religioso dominico preguntaba al santo mártir, si la Polonia sería restaurada en breve. Entonces el humilde religioso veía en espíritu, « vastas é inmensas llanuras, cubiertas de innumerables batallones rusos, turecos, franceses, ingleses, austriacos, prusianos, y de otros pueblos que no pudo distinguir, y que luchaban con un encarnizamiento de que no hay ejemplo sino en las guerras mas terribles.

Todos los hombres, dice Isabel Canori-Mora, estarán en revolución, y se matarán sin compasión unos á otros. Durante esta sangrienta guerra, la mano vengadora de Dios caerá sobre esos desgraciados, etc.»

VII.—Duración de las grandes calamidades.

«Dios, dice Melania, no se acordará de Francia ni de Italia (durante dos años, ó un año) etc.» Este último periodo de tiempo pa-

rece indicar la duración de las pruebas por las que habrá de pasarse. Las revelaciones hechas por Nuestro Señor á María Lataste anuncian, que Roma se verá sometida á los malos por espacio de tres años: «Roma, se le dijo, estará sumida en la tristeza y en la desolación; se verá rodeada de enemigos por todas partes, como un avejella cogida entre las redes. Esta ciudad parecerá sucumbir por espacio de tres años, y algun tiempo más despues de esos tres años.» «Por otra parte, la venerable Ana María, predijo para Pio IX un reinado de algo más de veinte y siete años. Pues bien; según la venerable, el Padre Santo verá el triunfo de la Iglesia; y lo propio dicen con igual claridad María Lataste é Isabel Eppinger. Y como los infortunios cuentan ya más de dos años de fecha, es de presumir, que nuestros castigos están próximos á su término.

Segun la venerable Ana María, y otras predicciones particulares, parece que puede suponerse con algun fundamento, que Francia, que habrá sido castigada la primera por las calamidades, será tambien la primera que se convertirá á Dios, ó, á lo ménos, se convertirán la mayor parte de sus hijos. Las demás naciones estarán todavía entregadas á los desórdenes, á las sediciones, á las perturbaciones, á los estragos de la revolución, cuando ya la hija primogénita de la Iglesia, estará reconstituida y habrá reconocido por jefe legítimo á un rey cristianísimo. Su primera tarea será entonces procurar que se devuelva al Sumo Pontífice su poder temporal, y hacer que sea respetada la Iglesia, que es el fundamento de todo el órden social. Por entonces sucederá tambien que, bajo la direccion de sus jefes, hará una expedición á Inglaterra, cuyos desórdenes y agitaciones serán más terribles que nuestra primera Revolución francesa.

Así lo entienden algunos intérpretes de las revelaciones particulares; pero todo esto no son sino conjeturas, mas ó ménos inciertas siempre. Por lo demás, en esta clase de documentos hay una parte oscura. Dios no levanta sino una punta del velo, y se reserva el conocimiento completo de lo porvenir. Sepamos respetar el secreto de Dios. Fuera de que, según hemos dicho, Dios no nos amenaza con su venganza sino porque seamos merecedores de misericordia; así es, que todas las predicciones conminatorias son condicionales.

VIII.—Lucifer y los demonios son desatados.

En el documento de Melania leemos: «que en 1864, Lucifer y gran número de demonios seran soldados del infierno: que paulatinamente abofirán la fe en las personas consagradas á Dios, y las obsecarán de tal suerte, que á no ser por una gracia especial, esas personas adorarán el espíritu de esos ángeles malos.»

En diferentes épocas, los demonios han sido desatados y enviados á la tierra para castigar á los hombres por el abuso que han hecho de las gracias, para arrastrarlos todavía más por el camino de la iniquidad, y costarías más por sus pecados. Esto es indudable, y hay de ellos numerosos testimonios. Si no tuviésemos limitado el espacio de que podemos disponer, trataríamos detenidamente esta grave cuestion; diríamos tambien, de que manera se puede conseguir que los ángeles malos vuelvan al infierno, realizándose esta vision de San Juan:

«Y vi descender del cielo á un angel que tenia la llave del abismo, y una gran cadena en su mano.

»Y agarró al dragon, á aquella serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y le encadenó por mil años;

»Y metiéndole en el abismo, y le encerró, y puso sello sobre él. *Et misit cum in abyssum, et clausit, et signavit super illum.* (Apoc. XX, 3.)

El mal es el desórden. El desórden se manifiesta de varios modos: en el mundo material, por la peste, el hambre, y los terremotos; en el mundo social, por las guerras y las revoluciones; en el mundo espiritual, por la impiedad, que comprende los pecados de los hombres, y el cisma, la heregía y las apostasias de las masas. El verdadero mal es el pecado, pues este desórden moral es la causa principal de los demás, si ya no es la única. El padre del mal es Satanás. Varios doctores de la Iglesia creen, que todos los pecados de los hombres provienen de hecho del demonio. El demonio está tan encarnizado en la perdición de las almas, que es muy probable, que interviene en todos los pecados. En efecto, San Dionisio Areopagita nos dice, que los demonios son la causa

de todos los males (1), *dæmonium turba malorum omnium*. Indudablemente, dice Sua-

(1) «Puede decirse que *todo el mal* que hay en la tierra, todos los desórdenes y destrucciones que tienen en la maldita influencia del infierno?—Los crimenes, los trastornos no pueden venir de Dios, que es el órden infinito; tampoco vienen de los ángeles buenos, que son ministros de paz y de salvacion; tampoco proceden de los elementos materiales, que, por sí propios, no tienen accion ni poder; vienen, pues, de esa fuerza impía y detestable, que se llama el demonio, y que desconcierta, sin que pueda, empero, destruirlo, el magnífico órden de la creacion. Así es, que por medio de mil modos, que los sabios llaman *causas segundas*, el autor del pecado y de la muerte, trastorna en todas direcciones la atmósfera, y produce en ella las tempestades, las borrascas, los pedricos, los truenos, y todas las destrucciones consiguientes... irrita y comunica su furor á los animales, para que causen daño al hombre y á las demás criaturas de Dios. Así, tambien, suscita en la tierra esas horribles pestes, esas enfermedades contagiosas, esas hambres, que destruyen á tanta gente; él impele á los hombres á cometer atentados: contra él debemos, por lo tanto, volver principalmente nuestra indignacion, cuando somos victimas de la maldad y de las malas pasiones de nuestros semejantes. Él suscitó en el corazon de Cain la cólera impia que dió muerte á Abel; y por ahí fué el primero que hizo verter sangre humana. Él es, y será, el instigador de todos los crimenes, de todas las revoluciones, de todas las crueldades, de todos los errores, de todas las infamias del corazon humano. Él es, desde el principio del tiempo, la raíz de todo pecado y de todo desórden. Por esto la Iglesia le llama doctor de los hereges, maestro de los impúdicos, padre de los embusteros, y príncipe del mal. Y su astucia, que por desgracia suele salirle bien, consiste en ocultarse siempre, y hacer creer á sus infelices victimas, que los males, que padecen, proceden del buen Dios. De ahí proviene este singular y abominable hábito del blasfemo,

rez, no es absolutamente necesario que los hombres sean tentados para cometer el pe-

que pone al hombre en lucha con Dios; el hombre se enoja contra Dios, le amenaza y maldice su santo nombre, cuando le sucede algun mal.

Así es, que el demonio, directa ó indirectamente, es el autor secreto y universal del mal; y, por lo tanto, de los sufrimientos; mientras que todos los bienes, sean cuales fueren, proceden directa ó indirectamente de la bondad divina. Y así como Dios concede la vida á todas sus criaturas por el ministerio de sus ángeles fieles, así Satanás y sus cómplices siembran la revolucion, el desórden y la muerte en la creacion. Esta lucha invisible cuyos efectos nos son tan sensibles, no cesará hasta que acabe el mundo, porque la infidelidad ó fidelidad de los ángeles no puede cambiar su vocacion, que consiste en administrar ó gobernar los elementos de la materia... La suprema sabiduria del Señor dispone de esta suerte las cosas, pues la criatura no puede cambiar á su antojo los planes de su Creador. Hé aquí lo que muchos ignoran, y es causa de que tomen al revés las cosas de la vida. (Mad. de Segur: A los que sufren).

—Sin embargo, nada es bastante para contrariar el derecho de Dios á obrar por sí ó por el ministerio de sus ángeles buenos, y para ejercer su justicia en este mundo, conforme de ello vemos muchos ejemplos en la Biblia. Pero contra los espíritus infernales debemos armarlos de fuerza, sobrelevar las tribulaciones y las luchas que suscitan contra nosotros con una paciencia invencible y una fe inviolable. Recordemos la bellísima máxima de San Vicente de Paul: «La humildad es el arma más poderosa para vencer al demonio.» Cuando habrá pasado el tiempo de las pruebas señalado por Dios, recibiremos insignes gracias por nuestra fidelidad en el momento del combate. Dios deja á los suyos en la tentacion, pero no para que se pierdan, sino para que contraijan mérito y alcancen la corona. El que no se ha visto sometido á pruebas, no será partícipe de las gracias de los escogidos. Cuando Dios tiene grandes designios sobre un alma, le envia penas y más penas, desolaciones y más desolaciones.

cado; pero es creible que los demonios, vista la sobreabundancia de su malicia, tienen alguna parte en todos los pecados de los hombres. Por otra parte, el primer pecado, obra de Satanás, vivió nuestra naturaleza, y trajo todos los demás pecados y todos los males que han venido en su seguimiento.

No nos sorprendamos, si en nuestros tiempos hay muchos demonios desatados sobre Francia y Europa. Suarez resume en este punto la teología, y nos dice, que aún bajo la ley de gracia, es absolutamente cierto, que andan sueltos por el aire muchos demonios.... y consigna las pruebas más concluyentes. Y añade: «Bien considerado todo, es más probable, que hay demonios que no están siempre atados en el infierno, y que los hay, que no andan siempre sueltos por los aires, pero sucesivamente son desatados y atados. Rigen en todo esto dos causas, los pecados de los hombres y las pruebas que Dios quiere permitir para bien de sus escogidos.» En el mismo sentido se expresan el Maestro de las Sentencias, y San Buenaventura.

Pues bien, lo propio ha sucedido en tiempos anteriores que en los presentes. En el siglo XIII, Nuestro Señor reveló á Santa Margarita de Cortona, que iba á suscitarse una gran persecucion contra la Iglesia por uno de los principales demonios del infierno. «Recorrerá todo el mundo, le dijo el Salvador, y será como un precursor del Anticristo, cuya obra preparará. Los pueblos se verán tan agobiados de angustias, que gran número de religiosos y religiosas abandonarán su claustro y su Orden.» Esta prediccion se vió cumplida en las conquistas de Mahomelo II, y en los estragos de la pretendida Reforma, á la que se deben todos los desastres causados por el galicanismo, el filosofismo, y el catolicismo liberal, en una palabra, por el *satanismo* presente. «¡Ah! dice el abate Borhomme, tambien en nuestros dias han salido del infierno poderosos serafines para la perdicion de las almas, y como testigos de las ruinas morales que causan en todas partes. Tambien preparan la obra del Anticristo y anuncian su venida.»

Una ilustre Santa dijo tambien, que en la época de las revoluciones Dios permite, para castigar los pecados de los hombres, que los demonios salgan en gran número de los infiernos; y esos son los peores. Entónces se esparraman por todas partes; soplan

entre los hombres el odio, la discordia, las guerras intestinas. Esto es el origen de los furores, del desatamiento de las pasiones, de los actos sanguinarios, de los horribles excesos que se cometen en estos desdichados tiempos.» La gran sierva de Dios, Canori-Mora, conoció por revelación los castigos que el Señor reserva á nuestra época. «Innumerables legiones de demonios, dice, saldrán del infierno, recorrerán todo el mundo, y causarán grandes ruinas.» — «He sabido, dice Catalina Emmerich; que Lucifer va á ser desatado por algún tiempo, cincuenta ó sesenta años antes del año 2,000 de Cristo, si no me equivoco. Pero se me señalaron otras varias fechas de que no me acuerdo. Algunos demonios han de ser soldados ántes para castigar y tentar al mundo. Algunos, según creo, habrán sido soldados en nuestros días; otros lo serán algún tiempo después.» (*Pasión dolorosa*, pag. 423.) Sor Natividad anuncia también, que los demonios desempeñarán un papel muy poderoso en los últimos tiempos del mundo. «El espíritu de Satanás, le dijo Nuestro Señor, suscitará contra la Iglesia ligas, reuniones y sociedades secretas. Los ímpios se servirán de la magia, de los encantamientos para llamar á su lado á los diablos.... Seducirán á muchas personas curiosas y que tendrán poca religión.... Cuanto más se acerque el reinado del Anticristo, y el fin del mundo, más se esparcirán sobre la tierra las tinieblas de Satanás.» — «O mucho me engaño, decía recientemente Pio IX, ó, como en los tiempos de Job, el demonio goza todavía de la libertad de circular por el mundo y embestir á todas las almas. Es posible que Dios haya dicho al demonio: ¿De dónde vienes? ¿A dónde vas?—Y que le haya contestado: Me he paseado por toda la tierra, y la he recorrido en todas direcciones.» (Jon. I, 7.)

Por último, el Vicario infalible de Jesucristo, ha marcado á nuestro siglo en estos términos: «Es el triunfo de una perversidad sin restricciones, de una ciencia sin pudor, y de una licencia sin límites. Las cosas santas son menospreciadas, la religión es convertida en objeto de burla; los lazos de la unidad se aflojan cada día más. La divina autoridad de la Iglesia es atacada; sus derechos son pisoteados. Podemos decir con toda verdad, que el pozo del abismo está abierto, ese pozo del que San Juan vió salir un

humo que oscurecía el sol, y langostas que desolaron la tierra.» (*Bula Mirari*.)

La Revelación de la Saleta concuerda perfectamente con todos estos datos. Hay más aún: en 1864, el poder diabólico se manifestó realmente por hechos todavía inéditos en los anales del mundo. En 1864, el demonio fundó la *Internacional* para la destrucción de todos los gobiernos, de todas las sociedades civiles y políticas, de todas las nacionalidades; en 1864, Bonaparte hizo su convenio el 15 de setiembre, que es nada menos que el aniquilamiento del pontificado y de la Iglesia, si esto fuese posible. En la propia fecha todas las sociedades secretas se vieron alentadas y se desarrollaron; la francmasonería fué reconocida y enaltecida por el gobierno de Bonaparte, en tanto que la Asociación de San Viente de Paul fué reprobada y desorganizada por el mismo cómplice de Satanás; entonces el ímpio Reno publicó sus blasfemias. En una palabra, todos los hechos de ese año fatal justifican las palabras de la piadosa Pastora de la Saleta.

El Apocalypsi (XX, 2) nos dice, que Satanás, el gefe de los ángeles rebeldes, ha sido encadenado por mil años. Algunos autores han creído, que esos mil años significan hasta el fin de la Iglesia, es decir del mundo. Pero otros dan un sentido más literal á ese encadenamiento de Lucifer y al reinado de la Santa Sede, sobre el mundo católico. Creen, y nosotros creemos con ellos, que el tiempo del gobierno social de la Iglesia, comenzó con Carlomagno, y concluyó en 1789. Según esta interpretación, Lucifer está preparando ahora el camino del Anticristo, por medio del que dominará al mundo. «Esta opinión, dice el abate Huichédé en su *Historia del Impio*, me parece muy probable.» En efecto; Satanás ha de estar desatado para venir á posesionarse del Anticristo y de todos sus agentes, á fin de convertirlos en hábiles instrumentos de sus proyectos, y hacerlos perfectamente aptos para seducir al que sea tibio en la fe y poco adicto al Papa. Será una especie de sortilegio, un encantamiento general (1).

(1) Después de la rebeldía de los ángeles malos, y de haberlos precipitado al infierno, Dios les dejó todos los dones natu-

Así es, que desde 1789 hasta 1873, hemos atravesado la era de las iniquidades del infierno y de las pruebas de la Iglesia: vamos á gozar de los beneficios del cielo y de los triunfos de la religión, lo cual nos consolará de las miserias de todo un siglo. Durante este corto intervalo, los demonios serán precipitados nuevamente y encerrados en el abismo, á fin de permitir á los santos eclesiásticos, á los apóstoles de los últimos tiempos, que conviertan y conduzcan á todas las naciones al redil de Jesucristo. «Cuando los demonios habrán efectuado sus últimas devastaciones, y nos habrán excitado con su más terrible rabia, á vengar á Dios y castigarlos por nuestros desprecios á Dios y á su Iglesia, la venerable Canori-Mora ve bajar del cielo á San Pablo. Por órden de Dios, este Apóstol recorre el mundo, encadena á los demonios, los arrastra á la presencia de San Pedro, y los vuelve al infierno.» La venerable Ana María Taigi dice también: «El aire será entonces apesadado por los demonios, que se aparecerán bajo toda clase de feas formas; tinieblas cubrirán toda la tierra. Todos los enemigos de

rales de que los había colmado al crearlos; no les privó de la ciencia, ni de la agilidad, ni de su penetración, ni de su fuerza prodigiosa; se limitó á despojarlos de la santidad y de todos los dones que son inseparables de ella: *Dona naturalia in eis integra manent*, dice Santo Tomás. Y esto basta para convertirlos en los seres más miserables, porque la ciencia sin la santidad es una profunda ignorancia; la agilidad sin la santidad es la inmovilidad; la penetración y la habilidad sin la santidad no son más que obcecación y necesidad; la fuerza y el poder sin la santidad son una impotencia ridícula. No nos dejemos, pues, desalentar; Jesucristo derribó á Satanás y venció al mundo: si estamos con Jesucristo, nos comunica su poder. Por otra parte; Dios no permite jamás que las tentaciones y las pruebas sean superiores á nuestras fuerzas. Todavía sabemos, que una señal de la Cruz, una gota de agua bendita, una invocación dirigida á Dios, á María, al Ángel de la Guarda, un objeto bendecido que llevemos sobre nosotros, hacen huir y espantar á Satanás.

la Iglesia perecerán durante esas tinieblas pesilentes; pero después de este espantoso castigo de los malos, San Miguel Arcángel, apareciéndose en la tierra bajo forma humana, tendrá el demonio encadenado hasta la época de la predicación del Anticristo.»

IX. — Particularidades sobre los demonios.

No parece sino que cuanto menos se conoce á los demonios, más se habla de ellos, más nos asociamos á ellos, ó nos dejamos seducir por ellos. Pero ¿quién se ocupa en estudiar á fondo lo que son los demonios? Sin embargo, ni faltan hechos, ni faltan libros para estudiarlos.

Las almas escogidas, las que por gracias especiales se ven elevadas á los caminos extraordinarios de la perfección, saben por experiencia, cual es la perfidia de los espíritus infernales, y que luchan han de sostener contra ellos. Los demonios son tan hábiles, que aún buenos eclesiásticos, que han de dirigir á esas personas, se encuentran á veces en grandes dificultades para distinguir á los espíritus que se ponen en relación con ellas, y para clasificar los hechos que ocurren en su consecuencia. Así, por ejemplo, la Pastora de la Saleta tuvo que luchar contra los demonios desde la Aparición.... El infierno se unía á la tierra para combatirla. Y desde 1850, Melania decía y escribía, que tenía que luchar contra muchos enemigos, que eran sus prustianos. Acaso no fué perfectamente comprendida y dirigida sino en Italia. Por esto su vida fué un continuo sufrimiento. Se hizo que fuese en verdad, María de la Cruz, víctima de Jesús. Y es, que los tibios, los galicanos, los ignorantes, no pueden comprender á los santos y dirigirlos. El Ilmo. Sr. Luquet dijo: «La teología mística es poco conocida, y de ello se originan tristísimas consecuencias... Esta ignorancia es, sobre todo, deplorable en los que están llamados á dirigir á las almas privilegiadas. Expone á que se desprecien como ilusiones las formas divinas, y á que uno se deje engañar por el demonio, transformado en ángel de luz. En estos tiempos ha seducido á muchas almas por los atractivos de un falso misticismo, por falaces prestigios, éxtasis y apariciones, que parecían ser obra del cielo. De esta suerte ha podido constituir una secta (que se desenvuelve cada día más). Es tanto más

difícil contener sus estragos, en cuanto, por una parte, seduce con apariencias de piedad; y de otra, los hombres de mundo se dejan coger en ella, * y los católicos *pequeños*, los liberales ó galicanos tienen miedo de lo verdaderamente sobrenatural, y lo combaten.» (Véase también el *Tratado del discernimiento de los espíritus*, por el cardenal Bona). Mons. de Segur añade lo siguiente: «Encuentranse con frecuencia doctores, profesores muy eruditos, que saben de memoria todas las controversias teológicas... y cuyo espíritu está corado á las verdades del órden místico. No solamente no las comprenden, sino que las desdeñan, y llegan á veces al extremo de tratarlas de sueños y de ilusiones. Y sin embargo, esas verdades son la ciencia de los santos, la ciencia de la piedad cristiana y de la vida interior.... Hay teólogos muy eruditos, que no comprenden los misterios de la piedad.»

Creemos oportuno resumir lo que el Padre Surin dice de los demonios en su *Historia de las religiosas de Loudun*. Los tres jefes del infierno son Lucifer, Belcebú y Leviatan. Como los tres pertenecían á la categoría de los serafines, ocupan el primer lugar en esos lugares tenebrosos, y forman allí, á manera de una Trinidad, en contraposición á las tres personas divinas. Lucifer se opone, en su modo, al Padre, cuya imagen era por su nobleza; Belcebú se opone al Verbo, y Leviatan al Espíritu Santo; por esto causa mayores desolaciones. En el infierno, como en el Paraíso, los espíritus inferiores dependen de los superiores. Según confesión de los demonios, Nuestro Señor Jesucristo bajó á los infiernos, y allí encerró á Lucifer, de donde *no ha vuelto á salir*. Este príncipe del infierno es también el príncipe de este mundo; ningún demonio sale de allí sin su permiso, si Dios lo consiente, para cometer en la tierra estragos, y, sobre todo, para tentar á los hombres y tratar de perderlos: su malicia, su furor contra Dios y sus criaturas, les inducen á perderlo todo, y destruirlo todo; pero les induce á ello continuamente, prometiéndoles siempre hacer cosas admirables. Pero donde quiera que estén, se encuentran siempre en medio de sus tormentos, porque la justicia de Dios los persigue sin cesar. Por otra parte, si no ocasionan todo el mal que su príncipe esperaba, son maltratados cruelmente cuando vuelven al infierno. Pues el

infierno es una guerra y una conspiración continua de los demonios entre sí. Siempre están rabiosos contra Lucifer, porque por su seducción y mal ejemplo perdieron el gozar de Dios, y porque, fuera de esto, su imperio es una crueldad. Es uno de los castigos por su rebeldía en el cielo. A pesar de las espantosas penas á que están sujetos, no perdonan medio para atormentar á las almas que han perdido, lo cual les da el derecho de atormentarlas eternamente como esclavas suyas. Lo que es de notar aquí, es que los demonios son incansables...; nunca dejan por cansancio lo que una vez han comenzado... Son, pues, unos verdugos, que nunca se cansan de hacer sufrir á los hombres y de convertirlos en víctimas suyas. Behemoth se distingue por su ferocidad insaciable; él se goza en las blasfemias, é induce á los hombres á ofender á Dios con juramentos, y en el infierno se encarga de atormentarlos. Si los deja para ir en busca de otras víctimas, se conoce su regreso por un aumento de crueldad.

«Los ángeles rebeldes, perdiendo el cielo, perdieron el bien esencial; y son infinitamente más desgraciados, porque no verán jamás á su Criador, cuya única vista constituye la felicidad de los ángeles y de los hombres. Habiendo, pues, sido despojados de su gloria y de su belleza por su pecado, han conservado la naturaleza angelical, que, de sí propia, tiene grandes cualidades (1).

(1) Nuestro Señor Jesucristo, Cabeza de la Iglesia, ha dado á los eclesiásticos el poder de encadenar á Satanás, y restringir sus facultades. A proporción que nos acercamos á la consumación de los tiempos, son más terribles los combates de los demonios contra la Iglesia. Así lo afirma el venerable Grignon de Montfort: «El diablo, dice este santo misionero, (*Verdadera devoción á María*), sabiendo que lo queda poco tiempo, redoblará cada día sus esfuerzos. Suscitara en breve nuevas persecuciones. Y las últimas aumentarán en crueldad cada día hasta el reinado del Anticristo.» Los eclesiásticos, y principalmente los buenos eclesiásticos, tienen poder para defender á los fieles contra los ataques y las pérdidas de los malos espíritus, y de combatirlos imperiosamente; y éstos se ven obligados á obedecerles. No

Pues, en primer lugar, esos espíritus tienen, además de la facultad de pensar y de querer como nosotros, la de hacer grandes cosas por su sustancia, pudiendo obrar unos contra otros, disputar y luchar entre sí; de suerte, que los más poderosos triunfan sobre los más débiles; y su fuerza se mide por la dignidad de su ser. Los hombres necesitan instrumentos para pegar, y espadas para herir; pero los demonios hacen todo esto sin necesidad de instrumento alguno. El ángel que destruyó el ejército de Sennaquerib, no se sirvió sino de su propia sustancia para esa gran mortandad. Es increíble lo que pueden hacer los demonios en la tierra. Los malos espíritus, los que en otro tiempo estaban más encumbrados en el cielo, han conservado en los infiernos y en la tierra un poder mayor; y extienden su acción á mayor espacio; así es, que un demonio puede hablar en un sitio y obrar en otros ciento, á la vez. La acción de Leviatan abarca, á la vez, un espacio de treinta leguas cuadradas.»

X.—Manifestaciones diabólicas: Espiritismo.

«Esté prevenido el Papa contra los hacedores de milagros, pues ha llegado el tiempo en que se verificarán en la tierra y en los aires los más sorprendentes prodigios... Los espíritus de las tinieblas tendrán un gran poder sobre la naturaleza; se levantarán Iglesias para servir á esos espíritus; varias personas serán transportadas de un lugar á otro por esos espíritus malos... Se harán resucitar muertos... Habrá en todas partes prodigios extraordinarios, porque la verda-

dero es á todos el poder de los exorcismos de la Iglesia, sean solemnes, sean privados, contra los demonios.» No solamente, dice San Ligorio, en varios casos los exorcismos son lícitos, sino que son un deber. Hay enfermedades espirituales, que no pueden curarse sino por medio del exorcismo, aún cuando sea privado; todos los demás medios son inútiles. En nombre del bien de las almas, conjuramos á los eclesiásticos que no olviden esto. Por lo demás, basta de ordinario hacerlo mentalmente, ó á lo ménos en secreto. (1 *precept. de adjuraciones*).

dera fe se ha extinguido, y la luz falsa ilumina al mundo.»

Los cristianos que mediten sobre las relaciones necesarias é íntimas, que existen entre Dios y sus criaturas, y sobre la ciencia, que desde el principio del tiempo, se perpetúa entre el bien y el mal; y sobre todo, los que hayan leído algunas páginas de esta ciencia espiritual, que se llama *teología mística*, y que tiene una importancia sin igual, no se sorprenderán de este párrafo del secreto de Melania y de todo lo que se refiere á él. Górrés, Mr. de Mirville, Mr. Gougenot des Mousseaux, y otros autores, han publicado tantos libros de gran mérito y del mayor interés, que bien podemos, con Mons. de Segur, adhirirnos de la ignorancia completa de esta ciencia en que, por punto general, se vive; basta algunos hacen gala de no comprenderla, ni creer en ella. Este desden procede del positivismo en que el mundo está sumido. ¿Quién sospecha, que hayamos vuelto al *gospianismo místico*?—En el siglo último, la obra maestra del demonio consistió en hacerse negar y entronizar el materialismo. ¿Qué horror excitaban las solas palabras de espíritu y milagro? Ahora, el racionalismo ateo se marcha vencido por el *espiritualismo panteísta*. El demonio, que ayer se hacía negar, hoy se hace adorar. Preocupado por demás con la metafísica y los argumentos, absorto en la defensa de ciertas ideas, que el mundo abandonaba, ó en añejas cuestiones, cien veces tratadas, se ha desdeñado el exámen de los hechos, que han venido en nuestros tiempos á transformar el *espiritualismo en espiritismo*. Los que se han prevenido con lo sobrehumano contra lo sobrenatural divino, se burlan de Renan y de Littré! Y es, que resucitan la herejía y la secta de los Gaudísticos y Neo-platónicos, y se anticipan al prestigio del Anticristo. Tenemos, pues, que el iluminismo reemplaza al materialismo. ¿Lo comprenderán los católicos liberales?

En otras publicaciones nuestras hemos dado pruebas de esta adoración de Satanás; el culto secreto de los *francmasones*, de otras sectas análogas, no es más que la renovación del culto de Satanás, que los paganos adoraban. Los socialistas no tienen otro culto: los individuos de esa temible asociación, que amenaza al mundo, han acuñado medallas en que se representa al demonio en actitud de predicarles su *Evangelio*. La

Revista espiritista, que competa con la *Revista espiritualista* (Eul. 4.ª, 1862, pag. 183) confiesa francamente, «que hay una iglesia espiritista, que, á su vez, será la hija primogénita; y que el catolicismo no tiene enemigo más logoso que su jefe.» Sabido es, que M. Pierart ofreció la *ciara espiritista* á Mr. Allan Kardec. El doctor Schelling enseña claramente, que «Satanás es un poder admitido en la economía de Dios, y á la que debemos el Respeto debido á toda autoridad legítima.» El seudónimo *Elihu Levy* rehabilita á Satanás; dice que «éste, calumniado de fealdad, es la luz astralimantada.» El *Diario de los Debates* del 25 de abril de 1855, y Proudhon (*La Revolución en el siglo XIX*, pag. 291), se dedican también al servicio de Satanás. Desde entonces se ha dicho con razón, que el carácter de este siglo es la apostasía. En efecto; la secta que invade el mundo, en vez de Dios, adora á Satanás; y veremos como el prestigio diabólico seducirá á mayor número de hombres, de los que podrán convertir los verdaderos milagros. San Pablo nos ha advertido, que en los últimos tiempos, muchos abandonarán la fe, siguiendo á los espíritus del error y las doctrinas diabólicas. (I Tim. IV, 1.) Pues bien; para evitar esta calamidad, es preciso conservarnos inalterablemente adictos al Papa, pues el que se separa del Vicario infalible de Dios, abandona al mismo Dios.

Al presente la *Internacional* se une á todas las sociedades secretas para formar la *iglesia de Satanás*. Por su medio, ha organizado la revolución universal, la guerra social. Quiere destruir todo cuanto hay, y principalmente á la Iglesia católica, á fin de sustituir en todas partes el orden y la civilización cristiana con la anarquía y todos sus horrores. El comité central de la *Internacional* en Londres, dirigió en 13 de Julio de 1871, la siguiente circular á los comités secundarios: «Considerando que se ha degollado sin compasión, y se ha condenado á muerte sin piedad á los ilustres jefes de la insurrección socialista francesa, que por fortuna, están ya reemplazados por otros, que con igual valor desafiaron la muerte, si así le reclama la causa del proletariado; mandamos á todos nuestros asociados de todos los países, que aticen el fuego de odio y de venganza que hemos encendido contra la religión, la autoridad; los ricos y la clase

media. Aprovechamos esta ocasión para decirnos, que no tenemos calma ni en nuestros corazones, ni en nuestros ánimos, y que vuestras ideas sociales son cada día mejor apreciadas por los proletarios de todo el mundo. En breve acudiremos á las explosiones violentas y terribles, que se encargarán de acabar con el sistema social existente, destruyendo, si es preciso, con el hacha y el fusil todo cuanto hay en pie ahora en el orden civil y religioso.»

Este manifiesto basta por sí solo para demostrar la exactitud de lo que hemos dicho antes; á saber; que se establece el reinado de Satanás para destruir el reinado de Dios. Gorres había anunciado estos tiempos; y Mr. de Mirville comprendió y designó esa secta, que considera ser la última y más inmediata al Anticristo. La América protestante, resucitó, en 1852, las prácticas del antiguo espiritismo, é inició á las damas comarcas. Desde entonces, esa secta demoníaca ha invadido este mundo apostata. Ciudades como Paris y Lion, han dado con sus elecciones de Barodet, Ranc, y otros análogos, el número de sus *internacionales*; acaso no es menor el número de sus *espiritistas*. Se han multiplicado los libros relativos á esta ciencia; diez revistas ó periódicos la han esparcido á todas partes. ¿Qué ha resultado de esto? En todas partes el suicidio, la locura, y los asesinatos, los incendios se han multiplicado de un modo espantoso; y desde la terrible guerra de los Estados Unidos, ¿cuántas revoluciones, cuantas guerras espantosas se suceden!

Los que deseen estudiar más detenidamente esta reaparición amenazadora de las herejías antiguas, lean los capítulos XIX y XX del tomo V de Mr. de Mirville, sobre LOS ESPÍRITUS Y SUS MANIFESTACIONES.

XI.—Falsa doctrina y tibieza general.

Melania nos advierte, «que los espíritus de las tinieblas esparcirán sobre la tierra un relajamiento universal, en todo cuanto concierne al servicio de Dios...; que abolirán paulatinamente la fe...; que la verdadera fe está casi extinguida, y que la luz falsa ilumina al mundo.»

Ahora parece imposible, que sin un milagro del Todopoderoso, se puedan volver los pueblos y los gobiernos á las creencias y á la vida cristianas. La sociedad marcha di-

reclamante á la apostasía. La mayor parte de las almas están apoderadas del espíritu de vértigo y del error. El empuje es tan impetuoso y tan general, que ningún medio humano puede ya contener el mal. San Pablo de la Cruz se dolía, un día, con sus amigos, por la suerte de la Religión en los infelices tiempos en que vivía; era á últimos del próximo pasado siglo, cuando los enciclopedistas difundían por toda Europa el veneno de su impiedad. El siervo de Dios, favorecido por una luz celestrial, decía: «La falta de fe en el mundo será tal, que un concilio, que se habrá hecho necesario, habrá de comenzar por el artículo de la existencia de Dios.» Hemos visto cumplirse los dos puntos de la profecía del Santo.

En estos últimos años se han empleado los grandes medios de conversión, la oración por los pecadores, las misiones, y la frecuencia de los jubileos: Todos estos grandes medios de salvación, no han producido sino efectos pasajeros; ni se encuentran ya trazas de ellos: á la última excitación que el Vicario de Jesucristo hizo, para mover á los pueblos á penitencia pública, solo una muy escasa porción de fieles correspondió, asistiendo á los ejercicios y cumpliendo los actos prevenidos. Es imposible dejar de prever, que dentro de un periodo, que no puede ser largo, el mal llegará á triunfar del bien en la sociedad; y si á pesar de esto, el bien llega á prevalecer sobre su adversario, será por efecto de la divina misericordia; será por una esplendorosa obra de la mano de Dios. Perdonaré una vez más á la Francia, dijo Nuestro Señor á Sor María de San Pedro; pero notado bien; una vez más, añadió. Estas últimas palabras parecen indicar, que se acerca la consumación de los tiempos; y, añadia Nuestro Señor Jesucristo; no puedo permanecer por más tiempo en medio de un pueblo ingrato.... La Francia se ha hecho ya repugnante á los ojos de mi Padre; provoca su justicia...; ha destrozado las entrañas de mi misericordia, y ha secado los pechos, hasta sacar de ellos sangre. La misericordia abrirá paso á la justicia, que se desbordará con tanto más furor, en cuanto habrá pasado más tiempo esperando.» (Estas revelaciones han obtenido ya la aprobación de los superiores eclesiásticos).

Santa Hildegarda, ocupándose de la relación general, que ha de preceder á los

últimos tiempos, dice: «Entonces se suscitarán nuevas y numerosísimas sectas, y tales torpezas acompañadas de males de toda clase, que esto, por sí solo, será indicio de la venida del Anticristo; los hombres de aquellos tiempos dirán, que nunca se han visto tantos crímenes é infamias. La dignidad eclesiástica, es decir, la autoridad de la Iglesia y su cabeza visible, serán especial objeto de contradicciones y de violentísimos ataques... Y en medio de estas circunstancias, la fe de los pueblos se debilita, y los hombres practican mal el Evangelio. Causa enojo la lectura de las grandes obras, fruto de largos estudios de los mas santos doctores, y se cobra disgusto al vivificante alimento de las Sagradas Escrituras.» Sor Natividad se expresa en estos términos: «Al acercarse el reinado del Anticristo, es decir, hacia los últimos tiempos de la Iglesia, se suscitará en su seno una secta de gentes, versadas en el arte de dar al error todos los colores de la verdad; hombres; que con sus falsos raciocinios, y sus sutilezas diabólicas y rebuscadas, atacaran las más incontestables y mejor probadas verdades de la fe, y hasta los atributos de la Divinidad.... En aquellos tiempos, impostores é impíos tratarán de perder y arruinar á la Iglesia. ¡Oh Dios! exclama la Hermana; ¡en qué pena y en que agitación se encontrará nuestra Madre, la Santa Iglesia, cuando verá de improviso los progresos de esos impíos, su propagación y tantas almas arrastradas á su partido, pues esa herejía se extenderá tanto y tanto, que pareciera envolver á todos los países y todos los Estados! No creo que ninguna herejía haya sido tan funesta. Los cómplices de Satanás trabajarán mucho tiempo, y trabajan ya tal vez en propagarla con sus discursos y sus escritos.»—Sor Natividad murió setenta y cuatro años há; bien se ve, por lo tanto, que previó muy claramente los estragos causados en toda la Europa por los principios revolucionarios. Pues bien; estos principios, que en todas partes están mirando, no son sino el principio y los signos precursores de la grande herejía, que ha de afligir á la Santa Iglesia en los últimos tiempos.

«Ciertas personas, decía últimamente el Sumo Pontífice, que tienen un espíritu inquieto, indeciso y bajo, quieren conciliar el bien y el mal, la verdad y el error, Dios y Belial.» El gobierno francés se ha rebajado